

BOCETO DE POESIA ECUATORIANA

Si hemos de creer al inca Garcilaso, la poesía india de estas patrias australes de América había extendido ya sus ramas copiosas y cuajado en el fruto, cuando la dura y magnífica, la tremenda aventura de la conquista llevó a los *wiracocha* —carapálidas míticos— hasta las tierras morenas y fecundas del Tahuantinsuyo.

Como en las bilocadas raíces de su sangre, en las de su nombre —que unen la aristocracia de un excelso nombre de poeta a la de la real estirpe de la *paclla* su madre—, en las de sus sentires, el inca Garcilaso unió en solo y grande amor el de sus dos lenguas. Y él nos dice cómo, en el *Incario*, la poesía tenía el dejo hondo y triste de la raza en la expresión lírica, o el sonido heroico de las epopeyas, el calor de lo erótico del epitalamio o el tono lacerante de lo elegíaco.

Envuelto en una neblina tenaz y penetrante como la de los páramos de nuestra serranía, ha quedado el pasado de este pueblo indio que, junto a nosotros y en nosotros, perpetúa aún la nostalgia de su pasado enigmático. Como su *Inti Pachacámac*, sus vírgenes del Sol, sus *caciques* o sus *curacas*, la expresión de su arte, de sus sentires, de arcilla prieta, de melancolías, se perdieron para siempre ante la avidez de la conquista. ¿Qué tesoros de emoción niña, de esa de los pueblos aún inocentes se dispersó en las menudas piedritas policromas en las que, ¡os *Caras* cantarían las glorias de sus *Shyrys*, la belleza de sus *ñustas* o la infinita magnitud del *Inti*? ¿Qué pensamiento de *amauta*, qué tragedias, qué triunfos, qué leyendas se quemaron, se deshilaron en los cordeles que anudándose en los *quipos*, daban fe de la eficacia del *quipocamayo* que los hacía o los descifraba en la *corte* esplendorosa del inca?

El quichua de los conquistadores incas fundió su armonía con la fraterna armonía de las lenguas o dialectos de las tribus vencidas en

el reino de los Shyrys. La musicalidad elemental, onomatopéyica, de esta lengua —que agoniza también en la lenta agonía de la raza— tiene su flexible expresividad, preciosa en la poesía.

La vitalidad ingenua, la frescura de las lenguas de aglutinación le da una vivacidad extraordinaria. Querría decir que el quichua tiene una calidad sustantiva; uno como desdén de lo exornativo, una premura sintética que hace que los conceptos, en su expresión radical, se disparen raudos, saetas que se unen en un estremecido haz, denso, apretado de ideas, desnudo del prefijo, fundiendo artículo, preposición, conjunción; sustantivo o adjetivo y, a veces, el verbo también, en un todo armónico y esencial. *Pachacámac*: dios indio que en su nombre concreta toda una imanencia, una trascendencia también, de sabor universal; una idea y una representación que las viejas y oscuras teogonías explicaron en largos papiros inacabables o en inmensos codicilos. *Huañuchircami*: una sola palabra expresadora; todo un verso de una semántica fundida en breve y armoniosa morfología: «le dieron muerte fatal», dice la insuficiente traducción al español, en la cual, más allá de la redundancia... peor aún, el mal gusto del epíteto fatal, para calificar a la muerte, se acendra en la pobreza de interpretación del concepto completo de denuesto, de dolor insoldable que conlleva el verso.

Juan León Mera, el amable patriarca de la Liria, del alma y las barbas blancas, recoge y traduce una supervivencia de poesía quichua de sentir amoroso:

«De tu pasión con el fuego / Se abrasa mi corazón / Y quejándome y clamando / He de morir de amor./» Canta el anónimo poeta popular así: «Cambay rupac cuyay manta / Ñuca shungu ruparimi / Arrarray caparicushpa / Cuyallpallacta huañuschca./»

Del buen tiempo de la poesía india, sólo han quedado aislados sollozos, desesperados ecos elegíacos, como aquel con el que una vieja mujer india lloró la muerte de Atahualpa: «Oscureció en medio del día», dijo al saber la noticia tremenda: «Chaupi punchaupi tutayarcu.»

La expresión más completa de este desgarrón, la única que ha subsistido para nosotros es la elegía «Atahualpa Huañui», ejemplar *huanca* que el recuerdo admirativo atribuye al bravo Jacinto Collahuaso, mártir poeta de la raza que lloró sus lágrimas indias en letra española; que en ella contó de su historia de gloria y de dolores y que, por ello, purgó «en cárceles» su culpa inaudita de haberse «metido en cosas que no convienen a un indio», según rezaba la despiadada condena de toda su obra a la hoguera y de su persona a la prisión y al vejamen.

Última voz de la raza, esta bellísima elegía tiene también su tradición en atribuirle a algún bravo cacique —¿de Alangasí, de Tumba-

co?— que reeditó en la letra el gesto suicida y magnífico de Ruminahui. Comoquiera, Atahualpa Huañui, el Llanto por Atahualpa, se llama. Digámoslo con resonancia española, en octasílabos que, como toda traducción del quichua, vuelve rígida y extraña la jugosa expresividad inicial en la musicalidad vernácula.

ATAHUALPA HUAÑUI

*En un corpulento guabo
Un viejo cárabo está,
Con el lloro de los muertos
Llorando en la soledad;
Y la tierna tortolilla,
En otro árbol más allá,
Lamentando tristemente
Le acompaña en su pesar,
Como nieblas vi los blancos
En muchedumbres llegar,
Y oro y más oro queriendo
Se aumentaban más y más,
Al venerado Padre Inca,
Con una astucia falaz
Cogiéronle, y ya rendido
Le dieron muerte fatal.
¡Corazón de león cruel,
Manos de lobo voraz,
Como a indefenso cordero
Le acabasteis sin piedad!
Reventaba el trueno entonces,
Granizo caía asáz,
Y el sol entrando en ocaso,
Reinaba la oscuridad
Al mirar los sacerdotes.
Tan espantosa maldad,
Con los hombres que aún vivían
Se enterraron de pesar.
¿Y por qué no he de sentir?
¿Y por qué no de llorar?
Si solamente extranjeros
En mi tierra habitan ya?*

ATAHUALPA HUAÑUI

*Rucu cuscungu
Jatum pacaipi
Huañui huacaihuan
Huacacurcami;
Uрпи huahuapas
Janac yurapi
Llaqui llaquilla
Huacacurcami
Puyu puyulla
Uiracuchami,
Curita nishpa
Jundarircami.
Inga yayata
Japicuchishpa,
Siripayashpa
Huañuchircami.
Puma shunguhuan,
Atuc maquihuan,
Llamata shina
Tucuchircami.
Runduc urmashpa,
Illapantashpa,
Inti yaicushpa
Tutayarcami
Amauta cuma
Mancharicushpa
Causac runahuan
Pamparircami.
Imashinata
Mana llaquisha
Ñuca llactapi
Shucta ricuspha*

*¡Ay! venid, hermanos míos,
 Juntemos nuestro pesar,
 Y en este llano de sangre
 Lloremos nuestra orfandad,
 Y vos inca, Padre mío,
 Que el alto mundo habitáis
 Estas lágrimas de duelo
 No olvidéis allá jamás.
 ¡Ay! no muero recordando
 Tan funesta adversidad!
 ¡Y vivo, cuando desgarró
 Mi corazón el pesar!*

*Turi cunalla
 Tandanacushun,
 Yahuar pampani
 Huacanacushun,
 Inga yayalla,
 Janac pachapi
 Nuca llaquilla
 Ricungui yari
 Caita yuyashpa
 Mana huañuni
 Shungu llugshishpa
 Causaricuni.*

No da frutos tempranos la poesía española en las nuevas tierras de América. La poesía en versos, la del estricto género literario que es la del tema de hoy; por lo demás, llenas de poesía, de una fresca y vital poesía están las crónicas que hasta sus majestades de España llevaban el relato de la aventura imponderable, la descripción asombrosa de las tierras legendarias, la defensa del indio, las fantasías de la tierra de la canela y de las amazonas.

¿Versos? Sí, debían haberse hecho, ¡quién lo duda!, algunos de sabor epopéyico o religioso, del ingenio preponderante al sentir que la imperante modalidad del tiempo quería: el madrigal, las quintillas, las liras o las glosas, debían haber florecido en los conventos guardadores de sabios forjadores de dísticos o de villancicos; en todo ese mundo rudo y vital de los conquistadores, los «barbudos» indomables y donjuanescos.

Pero nuestra poesía —la nuestra sólo por ser quiteño el poeta, mas no por calidades peculiares— da fe de vida ya en aquel siglo XVII, durante el tiempo en que, en la metropolitana patria peninsular, don Francisco de Quevedo y don Luis de Góngora burilaban una poesía sabia, en adamasquinados sonetos o emoción alquitarada de las «Solidades».

Insistentes devociones han hecho posible conocer la primera criatura de la poesía quiteña, que fue a su bautizo con un anticuado faldón de formas teresianas y de líneas de San Juan de la Cruz. Inusitada indumentaria que iba, sin embargo, a establecerse por largo tiempo y, junto al adelgazamiento conceptualista, constituir el atuendo predilecto de nuestra poesía hasta los albores mismos del siglo XIX.

Manuel Hurtado de Mendoza se llama este *pionero* de nuestra poesía. Doña Margarita de Austria, reina de España, esposa del muy mag-

nífico señor Felipe III, había muerto bajo el cielo castellano. Y fueron las lágrimas, planificadas y convencionales de un concurso necrológico, las que dieron, en San Francisco de Quito, el «Premio de las Cuatro Varas de Raso» —Violeta de Oro o Flor Natural de aquellos lejanos Juegos Florales— a don Manuel Hurtado, que dijo sus elaboradas quejas, de teológicos regustos, en estas glosas a la adelgazada Quintilla que tanto sabe a la «Llama de amor viva» y que dice así:

QUINTILLA

*Vivo yo, mas ya no yo,
porque del mortal encuentro
el cuerpo en tierra cayó;
pero el alma fue a su centro,
y así muerta vivo yo.*

GLOSA

*Toma la razón debida
el sujeto de la forma:
si ésta en otra es convertida,
por aquella que transforma
deja de vivir con vida.
Mi forma se transformó
en la de Cristo sagrado,
de donde me resultó
que, por vivir en mi amado,
vivo yo, mas ya no yo.*

*Si tengo argumento fuerte
haber sido Dios el blanco
a donde tiró mi suerte,
¿por qué temeré que en blanco
dé en el punto de mi muerte?
Y si al gozar de mi centro
más cerca se presenta,
cuando con muerte me encuentro,
no temiendo de la cuenta,
¿por qué del mortal encuentro?*

*Quiso probar el quilate
la muerte de su guadaña
por donde el fiero combate,
deshecha en furor y saña,
vino a darme estrecho mate.
Las dos arcas me cogió,
y, como en lucha taimada,
la zancadilla me echó,
y así a la primer levada
el cuerpo en tierra cayó.*

*Comenzó a cantar victoria,
juzgando quedar su aljada
con despojos de mi gloria,
no advirtiendo que quedaba
más ilustre mi memoria.
Y así de su fiero encuentro,
vencedora hubiera sido;
pero el alma fue a su centro.*

*Quedó el cuerpo en su prisión,
ya de su forma desierto;
y, como del corazón
la vida pende, fue muerto
por la falda de su unión.
Pero el alma se acogió
a gozar la eterna vida;
y el cuerpo en tierra quedó
esperando la subida,
y así muerta vivo yo.*

La poesía en español había nacido en un retrasado 1613 en San Francisco de Quito. Y cuidada fue, por cierto, en su primera infancia; amorosamente cuidada. Aquí don Juan de Oviedo, «cura beneficiario de la parroquia de San Marcos», o Cristóbal de Arbildo, cura de *La Tacunga*, o el hermano Francisco Mosquera, de la Compañía de Jesús, decían sus décimas enaltecedoras hasta el ditirambo de las excelencias del sermón de San José predicado por el muy reverendo padre Juan de Isturizaga, de la Orden de Predicadores. Aquí ya la poesía de fruto madurado del guayaquileño Jacinto de Evia, tan íntimamente satisfecho de su «Ramillete», de sutilezas enredadas y sabias, laberinto cultera-

nista en el que no se alcanza a llegar al sentimiento poético, pero del que se libra alguna vez en la fresca estrofito de un villancico:

*Dame una limosnita,
Niño bendito,
Dame las buenas pascuas
En que has nacido:
Niño de rosas,
Dale a la gitanilla...*

También guayaquileño, y su contemporáneo, fue Antonio Bastidas. El camino estaba abierto y transitado y no podrían señalarse ya, uno a uno, los nombres de nuestros poetas de la colonia. Abundaban, en verdad, y junto a las flores de la piedra y de la talla, de la imaginería, y a las mayores de la pintura y el conocimiento, podrían inscribirse con decoro nombres de poetas en estos siglos XVII y XVIII.

Y en estos siglos también un hecho no señalado por estudiosos, intrascendente quizá en sí, pero que, adoradora de la poesía y mujer, no podría dejar de señalar: es el nacimiento de la poesía femenina en el Ecuador. Doña Jerónima de Velasco se llamó la primera mujer, que, según noticias, escribió versos en la Real Audiencia de Quito. *Un poco desdibujada, la figura de esta mujer de poesía nos ha dejado la posibilidad de moldearla a nuestra sabor y preferencias. Además, en lo que a su poesía se refiere, dar fe a la consagración definitiva con que Lope de Vega la ungió en el «Laurel de Apolo».*

Inmediatamente la seguirán la cultura dilecta y versificadora también de Magdalena Dávalos o el arte proyectado en la letra y el color de Gertrudis Avalos. Después, la semilla fue fecunda, y si el Ecuador no ha alcanzado a concretarse en una voz de mujer en poesía como las que han dado a México, o Chile, o Uruguay; Juana Inés de Asbaje o Gabriela Mistral o Juana de Ibarbourou, un hondo y conmovido coro ha dicho desde entonces, con la constante de la emoción estremecida, los sentires de la mujer de mi patria.

Exigencias implacables de tiempo me privan de dedicarles a ellas el capítulo que reclaman la *varia poesía*, la manera diversa de Dolores Sucre o de Mercedes González de Moscoso; de Dolores Veintemilla de Galindo, que tuvo el buen gusto de rubricar con la propia sangre la inspiración algo empalagosa de sus versos; de María Natalia Flor, la sensitiva de la elegante forma; de Aurora Estrada y Ayala, recia y valerosa en su poesía de profundo sentido social, acendrado de emoción materna; de Mary Corylé, que ha escondido su intenso hálito lírico

inicial en el contorno de forzadas fablas. Sin embargo, aun a riesgo de un insoportable disloque en la cronología y para que no falte aquí una representativa voz de mujer, escuchemos los estremecidos *Mensajes a la hermana Tormento*, de Aurelia Romero de León, voz finisecular, enferma ya de los llamados «exquisitos males» de comienzos de nuestro siglo xx.

MENSAJES A LA HERMANA TORMENTO

I. HERMANA TORMENTO...

Hermana Tormento
ábreme el convento,
quiero descansar:
en el pecho siento
el hondo cansancio de tanto penar...

Por piedad hermana,
quiero descansar...

Guárdame una celda, la que esté lejana,
la que mire al huerto;
y tenme entreabierto
buena hermana, el paso del viejo portón...

y, si llega aquella terrible señora,
la Guadañadora,
déjala pasar:
por piedad, hermana,
quiero descansar...

Por piedad, hermana,
hermana Tormento,
ábreme el convento:
quiero descansar...

Y, si llega aquella terrible señora,
la Guadañadora,
déjala pasar...

II. HERMANA TORMENTO...

*Hermana Tormento zurce la mortaja,
y cuídame muerta: quiero descansar.*

*Vélame en la celda que esté más distante,
más oscura y triste. Y ve qué modo hay
de que no profanen la calma en que duerma
ese del que nunca podré despertar...*

*Canta, buena hermana, canta, el Miserere
con la voz más dulce... Y ve qué modo hay
de que no profanen la calma en que duerma
mi sueño final...*

Sueño del que nunca podré despertar...

III. HERMANA TORMENTO...

*Hermana Tormento, guárdame en la caja.
Cierra con tres llaves la caja fatal...
Cierra con tres llaves la caja, mi caja:
quiero descansar...*

*Ponme una corona de rosas blanquísimas,
de las que en el patio crecen del hogar...
Y al sepulturero dile, buena Hermana,
que llegó mi día para descansar...*

*Que me ponga hondo, muy hondo, muy hondo
en tierra, con una dulce suavidad.
como si enterrara
un gran madrigal;
y que encuentre el modo
de no profanar
el hueco en que duerma
mi sueño final,
ese del que nunca
podré despertar...*

*Pero, sobre todo, repítele, Hermana,
que haya suavidad;
porque, al enterrarme,
entierra conmigo un gran madrigal...*

Con mi repetida petición de perdones por el apartamiento al que me ha llevado la emoción, pido también el volver a nuestro momento colonial. En el siglo XVIII esta vez. Un hecho político-religioso, al parecer ajeno a la vida misma de la poesía, tuvo en la nuestra una transcendencia decisiva. Fue la orden de expulsión de los jesuitas, que para el reino de España y todos sus vastos imperios de señora de los días y las noches, fulminó su majestad el rey don Carlos III.

Para el destino de nuestra poesía, como para el de miles de los hijos de Loyola, el increíble, el inobjetable, el despiadado mandato tuvo la virtud suprema que compensa y restaña las grandes heridas de persecuciones: la de poner las mejores esencias humanas en el afán reivindicatorio. Culturas excepcionales, espíritus de selección, ciencia y valor y poesía quiteñas emprendieron su éxodo inmisericorde con los jesuitas exiliados. Y la persecución y la nostalgia y el destierro, con su meta italiana, hicieron el milagro de formar el primero y uno de los más compactos grupos —equipos habría debido decir ateniéndome a modalidades imperantes con los que se ha elevado nuestra cultura.

Hasta Roma, Rávena y, sobre todo, Faenza, llevaron sus sabidurías y su ingenio, su cultura y su poesía, estos hombres de los cuatro puntos cardinales de la patria. Allá fueron: un padre Juan de Velasco —el proteico riobambeño—, un Ramón Sánchez de Viescas, un José y un Manuel Orozco, un José Garrido, un Nicolás Crespo Jiménez, un Celedonio de Arteta y unos padres Larrea, don Ambrosio y don Joaquín, que me resuenan en la ineludible, vieja sonoridad de la sangre.

En «lingua toscana» cantó don Ambrosio su nostalgia: «Divina ereditá patria felice / pelago d'ogni ben, d'ogni bellezza...»

Entre los desterrados, llevó la nostalgia de su río, del olor a naranjas y a trópico de su Daule natal, el padre Juan Bautista de Aguirre, al que me atrevo a señalar, en mis preferencias, como el más alto del grupo. «Vate angélico y potente» llamó Alejandro Carrión al padre Aguirre. No estoy de acuerdo con él. Y no lo estoy, solamente en lo de angélico. Más bien diría que es un diablesco, que no diabólico, ingenio; el travieso espíritu que escribió aquellos cortantes versos a Quito que habremos de perdonarle los quiteños en gracia de la gran personalidad de poeta, de una extraordinaria riqueza de versificación

que alientan en otras obras mayores y mejores que el quevedesco des-
fogo aludido. Como uno de los más genuinos brotes del gongorismo
en América se ha considerado esta

CARTA A LIZARDO

Persuadiéndole que todo lo nacido muere dos veces para acertar
a morir una.

*¡Ay, Lizardo querido!
Si feliz muerte conseguir esperas,
es justo que advertido,
pues naciste una vez, dos veces mueras;
así las plantas, brutos y aves lo hacen:
dos veces mueren y una sola nacen.*

*Entre catres de armiño
tarde y mañana la azucena yace,
si una vez al cariño
del aura suave su verdor renace:
¡Ay flor marchita! ¡Ay azucena triste!
dos veces muerta si una vez naciste.*

*Pálida a la mañana,
antes que el sol su bello nácar rompa,
muere la rosa, vana
estrella de carmín, fragante pompa;
y a la noche otra vez; dos veces muerta:
¡oh, incierta vida en tanta muerta cierta!*

*En pos de agua muriendo
nace el arroyo, y ya soberbio río
corre al mar con estruendo,
en el cual pierde vida, nombre y brío:
¡oh cristal triste, arroyo sin fortuna!
muerto dos veces porque vivas una.*

*En sepulcro suave
que el nido forma con vistoso halago,
nace difunta el ave,*

*que del plomo es después fatal estrago:
vive una vez y muere dos. ¡Oh suerte!
para una vida, duplicada muerte.*

*Pálida y sin colores
la fruta, de temor, difunta nace,
temiendo los rigores
del noto que después vil la deshace:
¡ay fruta hermosa, qué infeliz que eres!
una vez naces y dos veces mueres.*

*Muerto nace el valiente
oso que vientos calza y sombras viste,
a quien despierta ardiente
la madre; y otra vez no se resiste
a morir; y entre muertes dos naciendo;
vive una vez y dos se ve muriendo.*

*Muerto en el monte el pino,
surca el ponto con alas, bajel o ave,
y la vela de lino
con que vuela el batel altivo y grave,
es vela de morir: dos veces yace
quien monte alado muere y pino nace.*

*De la ballena altiva
salió Jonás, y del sepulcro sale
Lázaro, imagen viva
que al desengaño humano vela y vale,
cuando en su imagen muerta y viva viere
que quien nace una vez dos veces muere.*

*Así el pino, montaña
con alas, que del mar al cielo sube;
el río, que el mar baña;
el ave que es con plumas vital nube;
la que marchita nace flor del campo,
púrpura vegetal, florido campo.*

*Todo clama ¡oh Lizardo!
que quien nace una vez dos veces muera;*

*y así, joven gallardo,
en río, en flor, en ave considera
que, dudando quizá de su fortuna,
mueren dos veces porque acierten una.*

*y pues tan importante
es acertar en la última partida,
pues penden de este instante
perpetua muerte o sepiterna vida,
ahora ¡oh Lizardo!, que el peligro adviertes,
muere dos veces porque alguna aciertes.*

Y con el nombre que Guatemala, en ancho gesto acogedor ha hecho suyo y ha cuidado amorosamente, del guayaquileño Rafael García Goyena, notable fabulista, cerraré incompleta y premurosamente este tiempo colonial de nuestra poesía.

En la naciente república, ya los nombres señeros de poetas se bilocaron en profusa riqueza. Presuntuoso sería el intentar siquiera una selección. No traeré así y desde este momento, sino pocos nombres, que no son, por cierto, aquellos que han tenido más resonancia en los ámbitos de nuestra poesía.

Por eso, el nombre insignia de nuestro poeta civil, don José Joaquín de Olmedo, no está aquí con su consagrado «Canto a Junín», que tiene tan hondos y desconocidos nexos con aquel: «Acude, corre, vuela, traspasa la alta sierra, ocupa el llano», de Fray Luis de León, y que tiene en la fuerza original de sus imágenes y entre mucho inexcusable estrépito, bellezas como ésta: «... quien me liberta del dios que me fatiga»...

Riqueza de versificación, plena madurez poética ya en tierras ecuatorianas en esta época en la que, entre esplendores y sonoridades —no siempre de buena ley—, germina el romanticismo, se gestan las nuevas formas, los motivos propios, de carne y sangre y alma y paisaje nuestros, de montaña y de mestizaje. Junto al sentir universal, a las formas de moda, el sentir personal, el metro y la rima propios empiezan a hacerse sentir.

Fuerte generación poética esta que une los dos siglos, ocaso y aurora del siglo XIX y el XX. Siguiendo las sólidas costumbres del imposible encasillamiento en escuelas y sincronizaciones, repetiré aquí la denominación antológica de *Poetas de la república y parnasianos* con el que se ha dado en sistematizar el caudal vivo de este momento de nues-

tra poesía. Los representativos nombres preclaros llenarían muchas y mejores líneas que esta breve síntesis.

Apenas enumeraré las figuras patriarcales de Numa Pompilio Llona, el de los versos a la bandera patria, inevitable, ineludiblemente recitados, entre mucho señalar sucesivamente el cielo, las montañas y los supuestos trigales, de nuestros buenos tiempos de niños estudiosos. Luis Cordero y Honorato Vásquez y Miguel Moreno, que junto al apolíneo y consagrado Remigio Crespo Toral, forman la capitania del grupo austral, iniciador de la literatura *morlaca* y mariana, que tantos y tanto ha dado a nuestra poesía.

Y luego, con diversidades pequeñas en el tiempo o en la geografía nuestra, Angel Polivio Chávez, Julio Zaldumbide... cien más.

Entre los otros, de más acá en el tiempo y algo más vecinos en la sensibilidad, me surgen muchos nombres, muchos; olvidados unos, de resonancia perpetuada otros: el del insigne humanista padre Aurelio Espinosa Pólit, a quien habrá de recordarse, en rigor de justicia, en cualesquiera campos de las letras de nuestro país; Cordero Dávila. Wenceslao Pareja, Aurelio Falconí, Alberto Gómez Jaramillo, el insigne Manuel María Sánchez...

De toda esta onomástica poética y cordial, dispersa por múltiples caminos de nuestra historia de la literatura, por la crítica, por la didáctica nuestras —parnasianos, modernistas, hasta simbolistas—, y que, en función de su decisiva influencia de nuevo hálito en nuestra entonces fatigada poesía, podría reunirse en un rubro común: los renovadores, séame permitido aquí, como lo estuvieron en la amistad, en la mística de la poesía, dos nombres. Arrancando el uno del hondo de mis sentires: el nombre paterno de Alberto Larrea Chiriboga. He aquí un pequeño poema de bíblicas, ancestrales reminiscencias, de su volumen «Íntimas» y que dice así:

NEGRA SOY

*Negra soy, ¡pero hermosa!, el sol ardiente
que brilla en mis pupilas tenebrosas
quemó las azucenas de mi frente
y en mis mejillas marchitó las rosas.*

*Negra, morena, los sutiles velos
que cubren como anátesis extrañas*

*el rosado arrebol de nuestros cielos
y el inmenso blancor de sus montañas.*

*¿De dónde soy? La vieja caravana
junto al pozo de Abraham tal vez me ha visto
¿o, acaso, en la Samaria fue mi hermana
la que aplacó la sed de Jesucristo?*

*¿Flameó por mí Estambul su cimitarra
o en la Alhambra mi raza reinó un día?
Me seduce el puntear de la guitarra
y el rojo del clavel de Andalucía.*

*Negra, morena... en la infinita
inquietud por mi estirpe de belleza,
lo mismo pude ser la Sulamita
que Rebeca, o Zoraida o Sotileza.*

El otro nombre: Alfonso Moscoso Sánchez; debo a filiales devociones el conocer un medular estudio sobre esta poesía, huérfana aún de la unidad del libro, dispersa en las entonces esperadas publicaciones de la revista o el diario, que el cubano Gastón Fernández realizó como tesis doctoral en la Universidad de Kentucky. Al explicar la técnica seguida para el análisis de la obra de nuestro ambateño, el autor nos dice haberla seguido de Dámaso Alonso y Carlos Bousoño en esos libros vitales para todo quehacer de análisis serio y válido que son *Seis calas en la expresión lírica española* y *La poesía de Vicente Aleixandre*.

Del voluminoso estudio he extraído apenas estas estrofas:

**DE «VIÑETAS VIEJAS»,
CAPITALINA:**

*Cerca de la cruz del atrio
entre la sombra perdido,
prende el corneta en la noche
el toque de queda. El frío
se enreda con la luz trémula
de candiles mortecinos
que ponen franjas de plata*

*en el chorro cristalino
 donde la pila de piedra
 llora un monótono ritmo,
 en la plaza oscura y sola
 como un jirón del vacío.
 Cual un fantasma, el rondín,
 a pasos asaz tardíos,
 arrebujado en el poncho
 cruza el «portal del obispo»...*

.....
*«Ave María, purísima,
 —canta en eco enronquecido—
 las diez de la noche han dado
 en la capital de Quito».
 Y triste ulula en el viento
 que pasa, el lento tañido
 de las campanas del Carmen
 en la «Calle del Suspiro».*

«Los poetas malditos» enviaban su maravilloso germen corrosivo hasta el lado americano del océano, en oleaje que empezando en la ácida levadura de los precursores, iba a esponjar el pan que alimentó la búsqueda de los paraísos artificiales, el ansia suicida, el sentir afinado, el arte etéreo, incorpóreo, de los que en rigor de método expositivo y didáctico habría que colocar bajo el rubro de modernistas, pero que en su dolida circunstancia humana, en su sensibilidad hipertensa y en la dolorosa llaga de sus vidas, reclamando están más bien el solo y logrado calificativo que encuadra la existencia torturada de Frank Kafka: *Los desollados vivos...*

Así, un desollado vivo fue un poeta que pasó silenciosa y dulcemente triste entre las calles tortuosas y la tranquila vida quiteña de la primera década de este siglo xx, y que se llamó Antonio Toledo. Antonio C. Toledo, con el mal gusto de la inicial que divide el nombre. Escribió una diáfana, una íntima poesía en tono menor, un mucho sentida y un poco desdeñada bajo la acusación de un recargado becquerianismo. Si no en lo inédito de la forma, oigamos lo genuino de su emoción en una de sus «Brumas»:

BRUMA

*No temas si mis ojos
Con los tuyos se encuentran como ayer:
Como si extraña fueras, sin enojos
Callando, sin mirarte, te veré.*

*Filósofo no soy, mas se me alcanza
De ciertos raros hechos la razón.
No temas, pues, que penas mi venganza
Abrigue, por tu culpa, el corazón.*

*No temas si de nuevo
Nuestros ojos se encuentran como ayer:
Cual si un extraño fuera, yo impasible
Callando, sin mirarte te veré.*

*Teme, sí, cuando a solas
Intentes por la noche descansar,
Las mágicas visiones de alas negras
Que implacables tu sueño turbarán.*

*No temas si mi mano
Tiene un día las tuyas que estrechar:
No cual antes por ellas las magnéticas
Corrientes del deseo pasarán.*

*No temas que el desvío
Logre mis esperanzas marchitar;
Planta que el cierzo arrebató a la orilla
En playa más fecunda arraigará.*

*No temas que la risa
O el llanto descubran nuestro afán;
Mis lágrimas tiempo ha que se estancaron,
Sarcasmos son mis risas del pesar.*

*No temas que sucumba
A los tiros del odio el corazón;
En las luchas del mundo envejecido
Soldado soy que aleccionó el dolor.*

«La generación decapitada» llamó un fino escritor quiteño, Raúl Andrade, a ese grupo de nombres consustanciales a la emoción poética ecuatoriana: Ernesto Noboa Caamaño, Humberto Fierro, Arturo Borja, Medardo Angel Silva.

Nombres como ungidos de niebla, de nostalgias y de melancolías que llegaron a esas almas niñas por los hoy reabiertos senderos de la droga heroica o el alucinógeno; que intensificaron con un poco de excesivo extranjerismo sus versos y que cortaron sus vidas de raíz.

Con el hálito rojo del suicida se enmarca el nombre adolescente de Medardo Angel Silva, el guayaquileño de «Labios Sonámbulos», el de la prematura y acerba admonición a la madre: «Madre: la vida enferma y triste que me has dado / no vale los dolores y penas que ha costado.»

Conforman este apretado y fugaz escuadrón de la amargura, los nombres de Humberto Fierro, elegante y fino; el portaestandarte del grupo: Ernesto Noboa Caamaño. Quizá la dimensión de su permanencia terrestre, no tan extensa en la objetividad desnuda del tiempo, sino confrontada con la casi alada brevedad del de sus compañeros de nostalgia y de poesía, le permitió hacer la obra más completa de todos. Hace poco tiempo, una discusión sobre la originalidad de su incomparable soneto: «Hay tardes en las que uno desearía / embarcarse y partir sin rumbo cierto...», que fue, y es —claro que es—, el *leitmotiv* de nuestras nostalgias, puso de actualidad —en una actualidad de espectación, que en la del arte no había perdido— el nombre de Noboa Caamaño. Aquí su «Romanza de otoño», de tan fuerte regusto verlainiano y de tan honda unanimidad con nuestro Quito de los inviernos melancólicos y pertinaces:

ROMANZA DE OTOÑO

*Lentas y angustiosas mañanas sombrías.
Grisas nubarrones
como procesiones
de antiguos recuerdos y melancolías
que van perfilando
el camino incierto de las lejanías.*

*Sobre el viento loco
se van deshojando
parques y avenidas*

*muy poquito a poco,
... como nuestras vidas...*

*La mañana mustia
rima su uniforme vaguedad de tono
con nuestro abandono
y con nuestra angustia;*

*Como un fino encaje
de suave matiz,
se va destendiendo sobre alma y paisaje
la gama del gris.*

*Las tristes palabras brotan a girones
como hojas caídas
del árbol frondoso de los corazones...
Una hoja... otra hoja...
y en tanto,
se nos llena el alma de intensa congoja
y nuestras pupilas se nublan de llanto.*

*Lloramos por todo lo que nunca ha sido
y que pudo ser,
por lo que ya es ido
y no ha de volver,
ensueño vencido,
camino perdido
y el calor de nido
que tenía el regazo de aquella mujer.*

*¡Oh malaventura,
estrella funesta,
de nacer con esta
sublime locura
de la poesía!
Vivir siempre al margen de la vida, en esa
fiebre de armonía.
de ensueño y belleza
que nos hace esclavos de toda ilusión,
e ir hilando, ajenos a nuestra pobreza,
sueños de grandeza,*

ebrios de ambición.

*... En tanto rebosa vino de tristeza,
como un hondo cáliz, nuestro corazón!*

*Contemplamos sobre nuestras propias ruinas
trocadadas las flores de ayer en espinas;
y, entre los escombros y la oscuridad,
a mirar ansiosa nuestra vida alcanza
que ensaya su vuelo la última esperanza
con la certidumbre de su soledad.*

*En la abrumadora
mañana sombría,
van, hora tras hora,
tejiendo su danza de monotonía;
y, apenas efluvia
el sol perezoso su luz tenue y rubia
entre una cortina
muy fina
de lluvia.*

El nombre de Arturo Borja es otro que llegó con una urgida premura veinteañera hasta la muerte. De entre su parva, bellísima obra, recogida en *La Flauta de Onix*, traeré, si no lo mejor, algo de lo más consubstancial al poeta-niño este, tan unanímado con su tiempo de la prevalencia absoluta de lo melancólico, acendrado en lo mortal.

EN EL BLANCO CEMENTERIO

*En el blanco cementerio
fue la cita. Tú viniste
toda dulzura y misterio
delicadamente triste...*

*Tu voz fina y temblorosa
se deshojó en el ambiente
como si fuera una rosa
que se muere lentamente...*

*Ibamos por la avenida
llena de cruces y flores
como sombras de ultravida
que renuevan sus amores.*

*Tus labios revoloteaban
como una mariposa,
y sus llamas inquietaban
mi delectación amorosa.*

*Yo estaba loco, tu loca,
y sangraron de pasión
mi corazón y tu boca
roja, como un corazón.*

*La tarde iba ya cayendo;
tuviste miedo y llorando
te dije: me estoy muriendo
por ti que me estás matando.*

*En el blanco cementerio
fue la cita. Tú te fuiste
dejándome en el misterio
como nadie, solo y triste.*

No es fácil —es verdad, lo dije ya— ubicar exactamente la poesía ajena; a este propósito y más bien en un intento de aproximación cronológica, traigo esa pequeña y pura joya de nuestra poesía, de ese caudal fluyente y pertinaz, exhausto sólo ya en el gran silencio al que hace poco llegó Remigio Romero y Cordero. Se llama

ELEGIA DE LAS ROSAS

*¿Qué pasará de noche?... No hay mañana
que no tenga el jardín rosas difuntas...
Sobre estas cosas, cariñosa hermana,
¿por qué a Nuestro Señor no le preguntas?...*

*Pasemos esta noche en la ventana,
los ojos fijos y las manos juntas,*

*para saber, mañana de mañana,
por qué hay en el jardín rosas difuntas...*

*Y velamos... Las doce... y, luego, la una,
y nada. A flor de soledad la luna,
en paz lo muerto y en quietud lo vivo...*

*Mas, al prendernos Dios la luz del día,
la última rosa blanca en agonía
y las otras ya muertas... sin motivo...*

Con vigor extraordinario, con fe y con autenticidad dicen su mensaje nuestros poetas, los del hoy del Ecuador. Voces altas y limpias. Voces ya silenciadas. Voces en el logro de la cosecha. Voces en promesa.

Alfredo Gangotena, afrancesado, hermético, gran señor de la poesía en «Tempestad secreta», que en plenitud y hacen ya más de veinte años llegó a la muerte.

Jorge Carrera Andrade, el de más conocido resonar y la más fina expresión, de «Aquí yace la espuma», «Juan sin cielo» o «Hermano conejo».

Augusto Arias, el lírico biógrafo de Santa Mariana de Quito y el popular y musicalizado «Ojeras».

El padre Carlos Suárez Veintemilla, de la múltiple expresión, o Hugo Alemán, que puso su parte de sentir en «Vasija de barro», que, como en el deseo de Machado, iba a ser «La copla verdadera / en labios de cualquiera»...

Hugo Moncayo, el del conocido y repetido «San Francisco de Quito» o el poema, cantado también con la verdad machadiana, compañero irremplazable para las tristezas de los enamorados o para las noches de juerga, que es «Guitarra vieja». Tantos, tantos más...

César Andrade Cordero es otro poeta, válido y actual, gigantón y cuencano, que lleva la poesía en el alma y en la sangre. José Alfredo Llerena, Jorge Enrique Adoum, Alejandro Carrión, el de la expresión múltiple, en el ensayo, en la novela, en el relato, en el periodismo. Difícil afirmar si en todos ellos, en Carrión preferentemente, no se ha impuesto —en la generalización y cala del conocimiento, no en las inmutables calidades esenciales— la recia personalidad del periodista, a veces del polemista acerado y agrio, a la del poeta de sutilezas tales como las de sus libros, el del desnudo título: «Poesía», o el de la sugestión de «El tiempo que pasa». De éste es la

P L E G A R I A

*Por la bondad del claro día,
por la tristeza de la tarde,
por el silencio de la noche,
muerte no vengas este año.*

*Por la sonrisa de la virgen,
por la ansiedad de la muchacha,
por la pureza de la madre,
muerte no vengas este año.*

*Por la dulzura de la miel,
por la verdura del follaje,
por la virtud del agua fría,
muerte no vengas este año.*

*Por la canción del caminante,
por la tibieza de las sábanas,
por la blancura de la leche,
muerte no vengas este año.*

*Por el oleaje bamboleante,
por la arenita de la playa,
por la gaviota del pañuelo,
muerte no vengas este año.*

*Por la longura del camino,
por la amargura del borracho,
por los fulgores de la hoguera,
muerte no vengas este año.*

*Por la sed del enamorado,
por el cansancio de la espiga,
por el sollozo del alondra,
muerte no vengas este año.*

*Por esta sangre de mis venas,
por las miradas de mi madre,
por la ventura del amor,
muerte no vengas este año.*

*Por la verdad que es amargura,
por el silencio que es tristeza,
por la tiniebla que es descanso,
muerte no vengas este año.*

*Deja respiro a los mortales,
deja soñar al desvalido,
deja la luz a los rosales,
muerte no vengas este año.*

*Deja que cante la zampoña,
deja que el viento suba y baje,
deja que el ángel nos consuele,
muerte no vengas este año.*

Junto a estas voces, gozosamente en potencia y en vitalidad, estuvieron algunas silenciadas, de ayer o de hoy apenas. Aquí en cronología de sus ausencias terrenales, algunas de ellas.

La sonora voz del riobambeño Miguel Angel León, que hundió en la muerte la resonancia de su grito, en su

CANTO AL CHIMBORAZO

Montaña:

*Cimborio de platino
Campanario de los huracanes.
Te oriflamas de crepúsculo en las tardes,
te incendias con fogatas de estrellas en las noches.
Campo de aterrizaje para cóndores,
Abanderado de nuestra América,
que llevas en el pecho como una medalla
la huella dorada del pie de Bolívar.
Carpa más alta del vivac de los Andes
donde acampó la raza del indio.
Cubierto con el manto de piel de oso del polo
y con el iris curvado hacia atrás
me recuerdas la gloria de tus caciques bravos.*

Montaña:

*Paracaídas de nuestros panoramas:
en las cuerdas sonoras de tus ríos
te pasas la vida cantando paisajes.*

Montaña:

*El trópico es un cinturón de sol
que sostiene la falda de raso de la tierra
y tú eres la hebilla.*

*En tu cima TA-HUAN-TIN-SUYO
gira la giralda de la rosa náutica.*

Montaña:

*Ovillo del que se desovilla la vía láctea.
Carabela de tres velas
en el oleaje crespado de los horizontes;
sobre tu popa
iremos cantando nuestra canción autóctona.
Parábola de la altura,
mi alma disparada por tí
ha hecho blanco en el sol.*

Montaña:

*tu copa
en las manos de América
es una copa de champaña.*

La voz armoniosa y sabia, sacerdotal, de Miguel Sánchez Astudillo, que hizo de su muerte el más logrado y elegante poema de cristiandad. También la múltiple riqueza de su personalidad de maestro, de crítico, de prosista, de orador, opacó un tanto el conocimiento del poeta de hondo sentir místico y de forma breve, directa, como de urgida premura por decir su mensaje. Entre otros más extensos, en su bello libro *Alma* se encuentra este

INTERIOR

*Señor, ¡qué profundos son tus caminos!
No los abres arriba, en la superficie del alma,
como las sendas a flor de tierra que suelen dibujar los humanos.
Tú penetras tan hondo, tan adentro en la roca dura del espíritu,
hasta la catacumba misteriosa donde ya no se ve luz de criatura ni
[huella de ángel
y allí te pones dulcemente, como un obrero asiduo, a labrar tu camino.*

¡Tu camino!

*Los caminos tuyos, por donde transitas únicamente Tú, Señor,
íntimo y solo,
viajero solitario, en nuestras regiones insondables.
Con tu paso de Dios, simplemente avanzas,
buscando la blancura prístina, intacta, en el fondo antiguo de nuestro*
[ser:

*allí donde nuestros huracanes no han podido llegar,
más hondo de lo que pentró el delirio del paraíso,
en el centro puro de la vida,
donde Tú te has fabricado desde la eternidad
la inaccesible mansión, el indestructible sagrario de tu Presencia.*

*¡Oh, y la alegría de sentirte bullir en la entraña total, mi Señor!
La felicidad de oír tus pasos absolutos en la última hondura de*
[nuestro abismo!
La paz de saberme tu criatura sencilla, tu pequeño átomo en el orden
[ligero de las cosas, y que no tengo señor,
*ningún otro señor alguno fuera de Ti,
¡Señor!*

Y la pertinaz y medular poesía de otro riobambeño que pagó su tributo ya: Miguel Angel Zambrano, de ledo decir, de total fidelidad a su misión de ofrendador de las íntimas esencias personales en libros como el último: *Diálogo de los seres profundos*.

Y ese otro nombre que está alentándose ya aquí, que se me está pegando, imperioso, a la boca y que, en tierras fraternas de Venezuela, se hizo eternidad: César Dávila Andrade. Veinte años tardó el espacio —como en el título de su poema supremo— en vencer a este hombre. A este cuencano de la poesía en ternura, en nostalgia, pero especialmente en la salmuera y el cauterio como la de aquel manso y feroz alarido que es el «Boletín y elegía de las mitas». Es en mayo del 47 cuando publica la que habría de ser como su definitiva declaración de angustias. Una fijación de su alma en el poema clave: «Espacio, me has vencido.» Y el espacio lo venció al fin. Al entregarse a él —«en ti mato mi alma para vivir en todos»—, ¿encontró el poeta la liberación de su lucha, Jacob con el ángel? En el imperativo de silencio ante su misterio, sólo sabemos que al vaciar así su alma en la poesía, don destinado a la humanidad, ha realizado el anhelo: ante su verso, cada uno de nosotros podrá encontrar al poeta dentro de la propia emoción. «En ti mato mi alma para vivir en todos...»

Ayer no más, en un pávido ayer de aquellos en los que se siente la mutilación de esas partidas en la carne viva del espíritu, murió Gonzalo Escudero. También le fue fiel hasta el final a la poesía. A su rotunda, a su altísima, a su hermosa poesía de buena ley, entrañable, consaguínea de aquellas que no se pueden arrancar del corazón. Pero esta imperiosa poesía no le crece sola y deslayada, planta de la selva ubérrima. Es una poesía de un valor decantado lentamente a lo largo de toda la vida del poeta. Una sabiduría que se mete por la médula misma del verso y lo verifica y le da cada día la forma nueva y armoniosa de una inexhausta riqueza interior. Y que va del grito autóctono y telúrico de «Hombre de América» —«Hombre torrente y cataclismo / con una mordedura de llamas en el pecho / naciste de una piedra que rodaba al abismo / y eres un ventisquero con dos garras de helecho» —a la gracia de este

PLEAMAR DE PIEDRA

*Tierra mía, eres lo que yo soy.
Agua, metal y flama.
Lo que yo soy.*

*Tú me diste los brazos de árbol
para que me acribillen los dardos de los pájaros.*

*Y pusiste la zarza en llamas,
como una orquesta de oro en la montaña.*

*Este sol tuyo es una pandereta
para nuestra danza en la luz.*

*Tierra mía, arremólinate
y alza tus columnas de sílice.*

*Yo quiero verte herida en el costado
por la lanza vertical de mi grito.*

*Oyeme,
yo quiero ser la torre sonámbula en tu noche.*

*He esperado desde mi nacimiento
tu tempestad de acero.*

*Ciudades náufragas como naves negras.
en tus trombas de arena.*

*Las antenas de hierro,
ametralladoras de los ecos.*

*Huracanes que ladran
como un diluvio de hachas.*

*El séismo,
carrusel de la muerte concéntrica.*

*Yo quiero que tu vientre innumerable
sea como un harmonium que cante.*

*Tierra, dame tu pleamar
de piedra para mi eternidad.*

*Tierra mía, y al fin, Tú y Yo,
cifras del logaritmo de Dios.*

O la decantada sabiduría musical y honda de sus octavas reales de

ELEGIA DE AMOR TERRENO

*Todo lo que mi Dios me ha concedido
a la ceniza pálida lo entrego
porque la brasa con la brisa ha ardido
en el plumaje sideral del fuego,
y si me fuera todo consentido,
nunca mi Dios me denegó mi ruego
de moza, miel, centella y paraíso
que perecieron en su propio hechizo.*

*Las voces acallad a mi regreso
para escuchar entre ellas una sola,
la bienamada en el alcor de un beso
que se esfumaba en lejanías de ola,
la ya distinta en el rumor ileso
de la fragante abeja en su corola,
la alegradora con su puro gozo
que se quebró en la espuma del sollozo.*

*Esa la voz por siempre consumida
he de buscarla en el azar del viento
sin derrotero, brújula ni brida,
con el oído pulcro y con el tiento,
siguiendo en su columna estremecida
el alto pecho que era su aposento
y el hontanar del aire en los revuelos
de todas las alondras de los cielos.*

*Me quedaré con esa voz tranquilo
esperando la nieve columbrada
que ha de vestirme unciosa con sigilo
ciñéndome su túnica mojada
y obscureciendo el último rehilo
de la dócil estrella resoldada,
pero esa voz de abeja y oro suave
estibará con música mi nave.*

*Esa piel en que el mundo se imantaba
y se tornaba el aire melodía,
en dónde está como sumisa estaba
con su frescura de agua manantía
para el estío verde en que manaba
y los medrados pechos encendía,
en dónde está la piel de la durmiente
con su panal de pulpa transparente.*

*Hay una arpegio de gemido oscuro
en la nostalgia de esa piel bruñida
si está escombrado su liviano muro
y su torre de hielo derruida.
Así el estío se quedó maduro
de llanto con su lluvia compungida
y un funeral de albura le viniera
al agua clara con la piel ligera.*

*Plaña sin fin el amador remoto
la caricia frugal en que pusiera
el ascua viva y el acorde roto,
plaña sin fin la noche postrimera*

*y la ambrosía de su lecho ignoto
que la doncella en flor le concediera
y luego le rescate la tiniebla
su atribulada máscara de niebla.*

*Aquel aroma suyo apacentaba
la rosa y el lucero con la brisa,
y al jubíloso cuerpo en que moraba,
a su columna leve y su cornisa,
el soplo de la brisa les prestaba
toda su arquitectura levadiza
para su dulce anclaje de navío
en la abrasada arena de mi río.*

*Cuantas veces la moza desnudaba
a sus lunas de almendra en ufanía,
su desnudez celeste le duraba
el tiempo en que el cerezo florecía
y sus quemantes yemas enfloraba,
y así la ronda mágica volvía
con su canoro vuelo de paloma
y el corazón enfermo en el aroma.*

*Si todo fue finito en la longeva
tribulación del tiempo fenecido,
ni la semilla de la luna nueva,
ni el ascua de mi goce prometido,
ni la inconclusa mar que se renueva,
nada me vale mi silencio ungido
por ese olor de piel que me traía
una sazón de fruta a mi elegía.*

*De aquel insombre cuerpo y su hialino
volumen de una tierna geometría,
el gozo era un destello repentino
con sus arcos de nieve en alegría
para inventar un cielo diamantino,
un sueño, un estupor y una agonía,
y luego con sus arcos descendidos,
para trocar deleites en olvidos.*

*Esos arcos de nieve en coyuntura
del hombro enhiesto y la rodilla lisa
sostenían atónitos la altura
del pecho con su fruta novediza
y menguaban flexibles la cintura
mutando al vientre en bajamar sumisa
para infundir al cuerpo y su arquitrabe
una buida contextura de ave.*

*Esos arcos de nieve se rindieron
al peso de tu albor en las mudeces
de la salobre muerte en que murieron,
y así, mi bienamada, te adormeces
sin que tú sepas cómo te vencieron
tus ángeles, aromas y embriagueces
con espadas de niebla en un estío
de amor en el amor y el desvarío.*

*Mi bienamada, en dónde estás yacente,
azorada tu espiga y con hartura
de eternidad tu sueño de durmiente,
y cómo desasida de ternura
está la boca de tu flor queriente,
mas la añoranza en su arca de blandura
guarda de tus fragancias ya difuntas
una gavilla de caricias juntas.*

*En dónde permaneces, capitana
de los deliquios y silencios largos,
navegadora de una ría arcana,
tornando vaporosos tus letargos
como tu sombra mucho más liviana,
ebria de sal en médanos amargos
y abrevadora de la verde espuma,
muriendo muertes de distancia y bruma.*

*No más, mi bienamada y mi gacela
escogida del aire, me rehuyas,
que el río se llevara en su procela
de agua talar las transparencias tuyas,
y no quiero que uncida a la cautela*

*de la calandria temerosa me huyas
porque te quiero en mi aire sepultada,
cierna de luz y brisa respirada.*

*Qué alondra de tu voz ha sollozado,
qué almendras de tu piel se han desteñado,
qué niebla de tu olor se ha evaporado,
qué enjambre de sirenas se ha afligido,
y así con el plumaje desplumado
de la ventisca, el tiempo ha transcurrido,
pero tu cuerpo infunde todavía
una sazón de fruta a mi elegía.*

*Porque he llegado al límite impreciso
entre la soledad y el alto vuelo
y todo por logrado se deshizo
con las tañidas arpas de su duelo,
la noche permutó mi paraíso
por mi aterida máscara de hielo
con ángeles de herrumbre y la centella
del sideral cadáver de la estrella.*

Inconexo y trunco —y no como el poema— incompletísimo, este boceto ha dicho de la poesía de nuestra patria; lo ha dicho malamente. Muchos nombres, innumerables nombres de valer, de consagración, de promesa, de iniciación, de plenitud se me han quedado al margen de las posibilidades de su presencia aquí. Se han quedado los nombres, nuevos, pero ya en sazón, de Filoteo Samaniego, de Francisco Tobar García, de Francisco Granizo Ribadeneira —una de las más altas cifras de nuestra poesía joven—, el de *Nada más el verbo*; de Eduardo Villacís.

Los nombres valiosos y unidos en el fraterno haz del Grupo Caminos: Noboa Arízaga, Zavala Ruiz, Guillermo Ríos Andrade, de Carlos Villasís Endara, de Carlos Manuel Arízaga.

De entre ellos, he aquí el verso limpio y el sentir hondo de Alfonso Varrera Valverde en este

ROMANCE DEL QUITO VIEJO

*Calles que cortan a calles
—cruces torcidas y rotas—.*

*Casas que inclinan sus frentes
sobre las piedras filosas.
Sucesión de serpentinas,
evocan leyendas moras.
Las veredas desiguales
que se mueren silenciosas.
Mira el sol entre las tejas
con miradas juguetonas,
y, sin embargo, las nubes
tal vez se pongan llorosas.
Por las calles, que sostienen
sus grandes manos, ansiosos,
de un monte que vio leyendas
de amores y de casonas,
van subiendo los pesares
de la vida de las cosas,
que ponen sabor de espinas
en las leyendas de rosa.
Acuarelas de tejidos,
tapan aceras las cholos.
Muros que se desmoronan
sobre las calles sinuosas.
Muchachas alzan su estatua
con desdén de buenas mozas
dan a la tarde mestiza
sabor de tarde española.*

.....
*Quito, viejo, de leyendas
tejidas en noches moras,
cómo me hablan tus ventanas
en que las flores asoman
de una sencillez antigua
parecida a tus coronas;
cómo me admiran tus hombres,
mestizos de alma española,
cuando saben ser Quijotes
y van, por la calle, nómadas.
Cuánto quiero tu sonrisa,
disfraz del alma llorosa,
para ser como tus tardes:
morenas y soñadoras.*

*Cómo tu esquina de flores,
con hambre de carne rota,
me hace pensar en la vida:
dolor que cubre una rosa.
Cómo me gustan tus calles
—caracoles de tus lomas—
abiertas en el esfuerzo
de tus trepadas ansiosas.
Cuánto me gustas con todo
lo que te hace así: española,
con chalina de mestiza
y encajes de reina mora.
Cuánto me gustas así:
monarca del alma ignota.
Comendador de los Andes
que relatas nuestra historia.*

Faltan también nombres más recientes, frutecidos algunos, como los de Carlos Eduardo Jarmillo y Rubén Astudillo y Astudillo; nombres de mujer como los de Ana María Iza, la señera de las nuevas, de Matilde Suárez, de Fanny Carrión, de Violeta Luna, de Betzy Salazar González...

Y sólo he traído a través de este apretado recorrido poetas genuinos, de consagración total al quehacer de tales, con vocación y obra, no los de aquellos que, bien o mal, han escrito versos ocasionales, versos de juventud, del momento, de tránsito.

Incompleto y trunco, este boceto apenas ha señalado algunos hitos en el camino de la poesía del Ecuador. En el gran camino de la belleza y del pensamiento, el solo que redimirá a la humanidad.

PIEDAD LARREA BORJA
De la Academia Ecuatoriana de
la Lengua